

Veredas de Buenos Aires

Dan
Russek



Ilustración: LETRAS
LIBRES/Martín
Elfman

En Buenos Aires la disposición de las baldosas obedece al capricho de la contingencia. Impera una anarquía de las aceras. “He llegado a la conclusión –escribió Roberto Arlt– de que aquel que no encuentra todo el Universo encerrado en las calles de su ciudad, no encontrará una calle original en ninguna de las ciudades del mundo.” En esta crónica de una deriva porteña, Dan Russek dirige su mirada al suelo, donde “hay un paisaje salvaje que avanza secretamente sobre el concreto”.



DEL MUNDANAL PISO

Caminando por las veredas* de Buenos Aires el observador atento descubre un hecho curioso: las baldosas que cubren las banquetas cambian de diseño más o menos frente a cada casa, edificio o comercio. No sucede así en el lugar de donde provengo, por lo que esta disposición me parece de un exotismo perfecto. Como quien investiga con una aguda mirada lo cotidiano (con la esperanza, tal vez, de que revele quién sabe qué verdad profunda) me fijo en el diseño de las banquetas como los adivinos de antaño en el vuelo de las aves o las nubes.

SITUACIÓN DE LA ACERA

Quien camine por una cuadra cualquiera verá que las losetas frente

* “Vereda” significa en Argentina lo que se entiende usualmente como “acera”. En México empleamos el término “banqueta”, que no le dice nada a un argentino, y que al oírlo tal vez se imagine un tipo de banco, de esos que sirven para sentarse. Dejo “vereda” en el título por lo poético del término.

al primer edificio por donde anda pueden ser, digamos, rectángulos grises; el diseño cambia tan pronto se alcanza la linde del siguiente edificio: son ahora cuadros que incluyen círculos pequeños; uno avanza, llega al almacén y ahora lo que pisa es una apretada red de cuadritos: se llega a la entrada del garaje de la casa vecina y lo que hay es un piso empedrado que simula el movimiento del agua, como en un surtidor, al mejor estilo parisino. Fuentes fidedignas (la señorita que atendía la caseta de información turística ubicada en la calle Florida) me informó, a pregunta expresa, que las veredas en plazas y parques y zonas céntricas en general muestran un diseño uniforme. Más allá de esos enclaves, en materia de banquetas, la ciudad es un territorio donde impera el capricho de la contingencia.

TIPOLOGÍA DE LA BALDOSA

Una expedición por las calles y la obligada encuesta a nivel de piso permite elaborar una tipología de la baldosa porteña: las que predominan son rectangulares, lisas y grises, definitivamente el diseño preferido por las mayorías. Las hay que forman una retícula cuadrículada, al estilo de una barra de chocolate o un *waffle* belga. Existe la misma idea, pero en vez de cuadritos, uno se encuentra con pequeños círculos en



una apretada madeja. Y hay cuadrados, tamaño mosaico, de color ocre y cruzados de líneas rectas. Es posible notar que los diseñadores de losetas en ocasiones se esmeran y dan con dibujos que, puestas las baldosas una al lado de la otra, crean esbozos de cinetismo: un aspirar a la pirueta del arte óptico. La impresión no es demasiado espectacular (nada que abra, a fuerza de ilusionismo, un abismo bajo los pies), pero es un efecto bienvenido frente a la monotonía de la pampa urbana (tanta geometría llega a hartar al más pintado).

Hay un tipo de baldosa que se presta a un juego peculiar. Es preciso visualizar aquí un cuadrado que contiene una serie de arcos concéntricos hechos de pequeños cuadritos, más bien rombos: cada

loseta forma así un cuarto de círculo. Si uno coloca cuatro de estas losetas haciendo coincidir los arcos, construye un círculo completo. Pero si en vez de centrar el diseño donde coinciden los arcos, se alternan, colocando una baldosa de un lado y otra del otro, se tiene el principio de una hebra, una línea espirada, un vector que oscila, una deleitosa corriente de agua.



Si hay diseños que nos llevan a navegar en alas de la fantasía, el piso está ahí para recordarnos nuestra condición pedestre. Me refiero al triste espectáculo de las banquetas sin baldosas. Y es que en los terrenos baldíos o los edificios en construcción, uno no encuentra en la banqueta nada sino la

plasta del cemento en su forma más cruda, en espera del barniz redentor de las losetas.

SOCIOLOGISMOS A RAS DE SUELO

Que las banquetas no parecen estar sometidas a la jurisdicción del gobierno, sino al arbitrio de los particulares, puede dar paso a una de esas teorías socioeconómicas al mejor estilo académico. Seguiría más o menos esta línea: las banquetas en Buenos Aires son espacios transicionales, síntomas de una carencia urbana central en la experiencia de la modernidad. Por una parte, son una muestra fehaciente de que el Estado ha renunciado a su misión rectora y reguladora del espacio público; por otra, dejadas a la iniciativa del dueño de la respectiva propiedad, las banquetas manifiestan los signos inequívocos de la decadencia que conlleva la falta de recursos, o voluntad, o visión de los ciudadanos. Sin una política pública que incida en el buen gobierno de la acera, es inevitable que impere ese caos tan propio de la pluralidad de voluntades sin control (anarquía, en buen español). En este espacio intermedio se fraguan silenciosamente fallas, quiebras (dígalo si no las baldosas rotas por doquier) incubando, primero, un larvado descontento social, luego, poco a poco, a fuerza de hacer tropezar al transeúnte, la desesperación callada,

a lo que le sigue el fermento de la acción violenta, y finalmente, la temida, temible, inevitable explosión de una revolución justiciera (a veces justicialista). Al caos, luego de un periodo de componendas (como losas que se ajustan bien o mal a un suelo inestable) la vuelta al orden, pero un orden que, como todo maestro de obra sabe, incuba en lo profundo las mismas condiciones deficientes, condiciones que crean la paulatina exacerbación de las contradicciones, y un buen día, asoman de nuevo fallas, quiebres, baldosas rotas: el perfecto espejo que refleja la sociedad en la que vivimos (hasta aquí la teoría).

PAUSA (I)

En este punto habría que preguntar: ¿Qué clase de persona puede caminar por las calles de una ciudad como Buenos Aires y no ver, fija la mirada en el piso, lo que lo rodea? Empezando por el cálido enjambre de la gente, el ir y venir de la muchedumbre, las proverbiales mujeres de esta querida Buenos Aires, desde las colegialas de Colegiales hasta las pitucas de la Recoleta, ese gusto por la seducción que viene como de otra orilla, un caminar sin miramientos (la porteña tira a matar, me dijo una vez una amiga, arma en mano), sin olvidar del otro lado de la vereda a los petimetres

con su mirada a lo Valentino, su bigote a lo Mastroianni, su melena guevarista. ¿Cómo no ver en la multitud, fascinado, a las mujeres maduras de impecable vestir, los niños con su camiseta muy a lo Messi, y burócratas, obreros, conserjes, y aquí y allá bolivianos, judíos, paraguayos, armenios, libaneses? ¿Qué clase de persona no vería esto a fuerza de ver losetas en el piso?



LUZ Y SOMBRA EN LA BANQUETA

Hay luces y sombras empotradas en las banquetas: luces joviales y sombras siniestras en forma de placas permanentes. Las hay que celebran (por ejemplo, en la nada callada avenida Callao) letras de canciones alusivas a la ciudad o al tango. Y otras,

desperdigadas por los más diversos rumbos, donde se conmemora un crimen silenciado: losas (lapidarias) en las que se constata que ahí fue desaparecida una persona (con nombre y apellido) por el terrorismo de Estado.

PAUSA (II)

¿Qué clase de persona no ve, clavado en la textura del suelo, las paredes que hablan, lienzo de cemento para el grafiti y soporte fiel para el afiche? Más allá, ¿cómo no maravillarse de la perspectiva de los bulevares y tanta noble construcción estilo europeo? Y también, ¿qué clase de persona puede caminar por las calles y no ver, más allá, el mundo que clama de conflictos, bombazos, conmemoraciones, el mundo incomprensible o infame de todos los días, la injusticia en sus muchas formas que nos mira a la cara desde el quiosco de periódicos?

CUIDADO AL PISAR

Agrego una nota a pie sobre un asunto que debe ser tratado con mucho tacto: la mierda de perro que afea no pocas calles de Buenos Aires. A muchos porteños les gusta tener perros, pero (a juzgar por los rastros de caca en la acera) no les gusta tanto limpiar su excremento (el suyo de ellos). Será que viven lejos de un parque o un prado, por lo que la vuelta a la manzana es suficiente, en su

opinión, para que el perro o perra haga lo que tiene que hacer, y ahí nos vemos. Quienes sufren las consecuencias de esta desidia son los ciudadanos de a pie, más los turistas y otros visitantes desprevenidos. Hay una campaña permanente, pero no del todo eficaz, para instilar en los dueños de los perros una conciencia más cívica en torno a este problema, que no huele bien por donde se lo vea. Mientras las aceras sean el baño público del can de la casa, solo queda fijarse bien por dónde se pisa.

DE LA BANQUETA ROTA

Vale la pena detenerse ante el peliagudo tema de las banquetas rotas. Tristes como un tango, peligrosas como un malevo ultrajado, las disparejas piedras que hacen tropezar al viandante contradicen el supuesto carácter civilizado de Buenos Aires. Trampas a cielo abierto, están al acecho de niños, mujeres y ancianos. Conforme uno se familiariza con la ciudad y avista las grietas, los desniveles, los agujeros llenos de insidia, va entendiendo que hay un paisaje salvaje que avanza secretamente sobre el concreto. Por las banquetas quebradas se avista una realidad bárbara (en el sentido que le dio Sarmiento, padre de la patria).

GENEALOGÍA DE LA BANQUETA ROTA

Es fácil imaginar las causas que explican tanta loseta destruida.

Materiales de baja calidad, manufactura deficiente y una colocación que sigue fielmente los estándares del ahí-se-va: normas de la artesanía aplicadas a la industria. Está asimismo la acción persistente de las pisadas que, día a día, mina a fuerza de golpeteo la estructura molecular de la piedra. Y están esas losas que, colocadas para su mala fortuna en la entrada de las cocheras, no resisten el peso excesivo de los automóviles. Hay más. Mi fuente fidedigna me señaló que las compañías de gas, agua y electricidad, levantan la acera, colocan tubos y cables, y luego, en vez de recoger su batidero y dejar la acera como la encontraron, se desentienden para que el de atrás pague el estropicio. Por un lado, en estos menesteres la municipalidad brilla por su ausencia; por otro, el dueño o dueña de la casa, el edificio o el comercio, en cuya banqueta se ha perpetrado la mala compostura, pospone la reparación *sine die* y a veces *ab aeterno*, lo primero que suceda.

Y están los árboles, esos que dan a tanta avenida porteña su magnífica belleza. Los árboles, altos en su orgullo, haciendo los primores de esta

metrópolis, crecen por lo bajo (Octavio Paz diría: adentro). Las raíces son ciegas, poderosas y obstinadas, y el día menos pensado, luego de un trabajo de años, el daño está hecho: un montículo irregular ha levantado las losas de su sitio. Entre la raíz toda persistencia y la mera obra humana del enlosado, gana la raíz, siempre, con su pausada fuerza bruta.

FINAL

¿De dónde, en suma, surge la curiosa disposición de las banquetas de esta vibrante ciudad? Podemos imaginar alguna ordenanza de la municipalidad que date de los años veinte, o una oscura entrada en el código del Departamento de Obras Públicas, o tal vez usos y costumbres que se remontan a los tiempos de la Colonia. La tradición tuvo que originarse en algún punto... ¿Cuándo, dónde, por qué? El ingenuo caminante que fatigue las calles de la urbe debe resignarse a contestar con un “no lo sé, lo ignoro...” Tal vez algunos pocos iniciados posean la llave del secreto. Como tantas cosas en el universo, la disposición de las baldosas en las banquetas de Buenos Aires está envuelta en el más profundo de los misterios. —